

LIBRO VEINTE.

SUMARIO.

Tienen consejo los cabos del ejército sobre si se apoderarian por sorpresa de la ciudad de Venusa, dada en tercería á los Lucanienses: resístelo Telémaco, y prevalece su dictámen. Admiran todos su sabiduría con motivo de dos prófugas que se aprehendiéron, de los cuales el uno llamado Acante habia ofrecido á Adrasto que envenenaria á Telémaco, y el otro llamado Dioscoro ofrecia á los aliados la cabeza de Adrasto. Dase despues una batalla, y en ella busca ansioso Telémaco á Adrasto, dando la muerte á cuantos encuentra al paso; y Adrasto, que no con menor saña busca á Telémaco, encuentra y mata á Pisistrato, hijo de Nestor. Sobreviene Filoctetes, y al mismo tiempo en que iba á atravesar á Adrasto le hiere á él un Lucaniense, y se vé obligado á retirarse. Corre Telémaco á los gritos de los aliados, en quienes Adrasto hacia el mayor estrago. Encuéntanse, por fin ámbos, se baten, y Telémaco le concede la vida con ciertas condiciones. Levántase Adrasto, intenta sorprender á Telémaco, tirale un dardo, yerra el golpe, y huye; pero Telémaco volvió á cogerle, y le quitó la vida.

JUNTARONSE entretanto los capitanes del ejército á deliberar si se apoderarian de Venusa (1), ciudad fuerte,

(1) Venusa, hoy Venosa, es una pequeña ciudad episco-

usurpada por Adrasto á los Apulienses, sus vecinos, los cuales se habian ahora unido al ejército aliado para reclamar tan injusta usurpacion. Adrasto para aquietarlos dejó la ciudad en tercería á los Lucanienses; pero tenia sobornada la guarnicion, y el comandante, de modo que no habia en la ciudad mas autoridad efectiva que la suya, quedando engañados en el tratado los Apulienses que conviniéron en que la guarneciesen las tropas Lucanienses.

Un ciudadano de Venusa, llamado Demofante, habia ofrecido secretamente á los aliados que les entregaria de noche una de las puertas de la ciudad. Era esta ventaja de tanta consideracion como que el principal almacén de guerra y boca le tenia Adrasto en un castillo inmediato á la ciudad, el cual no podia defenderse si la ciudad se tomaba. Filoctetes y Nestor fuéron de opinion que convenia aprovecharse de tan buena ocasion, y su autoridad se llevó tras sí el voto de los demas gefes, alucinados tambien con la utilidad que les resultaria de tan fácil adquisicion; pero Telémaco hizo, cuando le tocó hablar, los últimos esfuerzos por disuadirles.

No ignoro, les dijo, que si algun hombre en el mundo merece ser engañado es Adrasto, que tantas veces ha engañado al mundo entero. Bien conozco que en sorprender á Venusa no haríais otra cosa que posesionaros de una ciudad que os pertenece, pues es de los Apulienses unidos á la liga. Confieso que podríais hacerlo con tanta mas apariencia de razon, como que Adrasto que la ha puesto en depósito, tiene sobornados al co-

pal del reino de Nápoles, en la Basilicata, al norte de Cirenza, de la cual es sufragánea, y distante de cinco leguas.

mandante y la guarnición para entrar en ella cuando lo juzgue mas á propósito; y conozco en fin, como conocen todos, que tomada la ciudad seriais desde mañana dueños del castillo, en que tiene Adrasto almacenados todos los preparativos de guerra, y que de este modo acabaríais en dos dias esta tan formidable. ¿Pero no es mejor morir que vencer por tales medios? ¿es justo rechazar un fraude con otro? ¿habiais de dar lugar á que se dijese que tantos reyes coligados para castigar los engaños del impío Adrasto fuéron de tan mala fé como él? Si nos es permitido hacer lo que él hace, ¿dónde está su delito? En nosotros lo fuera castigarle. Pero qué ¿no tiene toda la Hesperia, sostenida por tantas colonias griegas y tantos héroes vueltos del sitio de Troya, no tiene otras armas contra la pérfidia y los perjurios de Adrasto, que el perjurio y la pérfidia?

Vosotros habeis jurado por lo mas sagrado que se conoce, que dejaríais la ciudad en depósito á los Lucanien- ses. Decis, é yo lo creo, que Adrasto tiene corrompida la guarnición; sin embargo ella está á sueldo de los Lucanien- ses, no ha rehusado obedecerlos; y aunque solo sea en la apariencia han observado la neutralidad. Adrasto ni los suyos han entrado desde entón- ces en Venusa: el tratado subsiste, y no se han olvidado los dioses del juramento que les hicisteis. ¿Acaso no se ha de cumplir una palabra sino cuando no se encuentra pretexto plausible para faltar á ella? ¿ó no se ha de cumplir con la religion del juramento sino cuando no se gane nada en quebrantarle? Si el amor á la virtud, y el temor de los dioses no os contiene, conténgaos si- quiera lo que aventurais vuestra opinion y vuestro in- teres. Si dais un ejemplo tan pernicioso como él de faltar á vuestra palabra, y violar un juramento por ter-

minar una guerra ¿á cuántas no daréis lugar por tan impía conducta? ¿quién de vuestros vecinos no se verá reducido á temerlo todo de vos y á detestaros? ¿quién aun en las mayores urgencias se atreverá á fiarse de vosotros? ¿qué seguridad habeis de dar cuando trateis de buena fé, y os interese que así se crea? ¿acaso un solemne tratado? Acostumbrados estais, dirán, á romperlos. ¿Pues qué, un juramento? Nadie ignora que tenéis en poco á los dioses cuando esperais sacar del perjurio alguna utilidad. Con que no os queda medio. Tan poco seguro será vivir con vosotros en paz como estar en guerra. Todas vuestras ofertas y proposiciones serán siempre recibidas como si en ellas fuese disfrazada ó descubierta la guerra: seréis los enemigos perpetuos de cuantos tengan la desgracia de confinar con vos- otros. Todos aquellos negocios, cuyo buen éxito dependa de la buena reputacion y de la probidad, serán para vosotros desgraciados, como que no tendréis arbitrio para hacer que se crea nada de lo que ofrezcais.

Aun hay otro motivo mas poderoso, que debe llamar vuestra atencion, si es que aun os resta algun sentimiento de probidad, y conocimiento de vuestros in- tereses; y es que una conducta tan injusta precisamente ha de dar por el pie vuestra alianza: en vuestro perjurio está el triunfo de Adrasto.

A esta asercion se conmovieron todos, y le pregun- táron que en que se fundaba para decir que una accion que aseguraba la victoria á la liga seria la que disol- viese esta.

¿Cómo podréis, les respondió, estar seguros unos de otros, si rompeis vosotros mismos el único vínculo de la sociedad y de la confianza, que es la buena fé? Adoptada la máxima de que se pueden violar las reglas

de la probidad y de la fidelidad cuando de ello se siga algun interes, ¿quién de entre vosotros mismos se atreverá á fiarse del otro, sabiendo que le puede faltar á la palabra siempre que le sea ventajoso engañarle? ¿á qué términos no os veréis entónces reducidos? ¿y quién no tratará de prevenir con sus artificios los de su vecino? ¿en qué se ha de fundar la alianza de tantas naciones, convenidas en que las es lícito sorprender á su vecino y faltarle á la fé prometida? ¿cuál deberá necesariamente ser vuestra mutua desconfianza, vuestra desunion, y vuestro empeño en arruinaros unos á otros? Ninguna necesidad tendria el enemigo de atacaros, que harto os destruiríais vosotros mismos, y vosotros mismos justificaríais su páfidia.

¡O reyes sabios y magnánimos! vosotros, que tan larga esperiencia teneis en el mando de tanta multitud de pueblos, no os desdeñeis de oír el dictámen de un jóven. Si cayeseis en el mas lastimoso estremo á que suele la guerra precipitar á los hombres, aun hay remedio: de allí podrán sacaros vuestra vigilancia y los esfuerzos de vuestra virtud, pues el verdadero valor jamas se deja abatir; pero si por desgracia rompeis una vez la barrera del honor y de la buena fé, esta es una pérdida irreparable; porque ni podréis restablecer la confianza necesaria al buen suceso de los mas importantes negocios, ni hacer que recobren los hombres los principios de virtud, que en vuestra conducta han aprendido á despreciar. ¿Pero qué es lo que teméis? ¿por ventura no os sobra valor para vencer sin engañar? ¿ó no os parece suficiente vuestra virtud, unida á las fuerzas de tantos pueblos como os obedecen? Peleemos pues; y si es necesario, muramos ántes que vencer por tan indignos medios. Adrasto, el impío Adrasto está en

nuestras manos, si nos avergonzamos de imitarle, y miramos con horror su páfidia y su mala fé.

Acabó Telémaco su discurso, y conoció que sus labios habian destilado la dulce persuasion que penetra los corazones, porque notó un profundo silencio, y como que estaban todos pensando no en él, ni en las gracias de su decir, sino en la fuerza de la verdad que animaba su razonamiento. La admiracion estaba pintada en los rostros de todos. Por fin, se oyó un apacible murmullo, que poco á poco se fué difundiendo por toda la asamblea, mirábanse unos á otros, y ninguno se atrevia á hablar el primero, esperando que se declarasen los principales gefes, costando á todos no poco trabajo el ocultar su dictámen, hasta que por fin habló el grave Nestor en estos términos:

Digno hijo de Ulises, los dioses te han estimulado á que hables: y Minerva, que tantas veces inspiró á tu padre, ha puesto en tu pecho el generoso consejo que acabas de darnos. Yo no miro tus pocos años, sino á Minerva, de quien es cuanto nos acabas de decir. Tú has abogado por la virtud; ¿y quién duda que sin ella las mayores ventajas son verdaderas pérdidas? Sin ella bien pronto se atrae la venganza de los enemigos, la desconfianza de los aliados, el horror de todos los hombres de bien, y la justa cólera de los dioces. Dejemos pues á Venusa en poder de los Lucanienses, y no pensemos sino en vencer á Adrasto con nuestro valor.

Dijo, y le aplaudió toda la asamblea; mas al tiempo del aplauso todos admirados ponian los ojos en el hijo de Ulises, y creían ver brillar en él la sabiduría de Minerva que le inspiraba.

Suscitóse muy luego otra dificultad, en cuya decision se adquirió Telémaco no ménos gloria. Adrasto,

siempre cruel y pérfido, envió al campo de los aliados un trasfuga llamado Acanto, para que emponzoñase los mas ilustres capitanes, y particularmente á Telémaco, que era ya el terror de los Danienses. Este le acogió cariñosamente, porque donde reina el valor y el candor no se conocen las desconfianzas; y no solo recibió en su tienda á aquel desdichado, que habia visto á Ulises en Sicilia, y le contaba á Telémaco sus aventuras, sino que le mantenía, y procuraba consolarle en la desgracia de que se quejaba de haber sido engañado y tratado indignamente por Adrasto. Mas esto era alimentar y abrigar en el seno una venenosa vívora dispuesta á pagar el beneficio con una mortal picadura.

Sorprendieron las centinelas á otro fugitivo llamado Arion, que de parte de Acanto iba á informar á Adrasto del estado del campo de los aliados, y asegurarle que el dia siguiente envenenaria á los principales reyes y á Telémaco en un banquete que este le tenia dispuesto. Cogido que fué, y confesada la traicion, sospechó que estaria de acuerdo con Acanto, su íntimo amigo. Pero este profundamente disimulado é intrépido se defendia con tal arte, que era imposible convencerle, ni descubrir la conjuracion.

Muchos de los reyes fueron de dictámen de que en la duda se le debia sacrificar á la seguridad pública. Es necesario, decian, que muera: la vida de un hombre no es nada cuando se trata de asegurar la de tantos reyes. ¿Qué importa que perezca un inocente si de ello resulta la conservacion de los que representan á los dioses en la tierra?

¡Qué máxima tan inhumana! ¡qué política tan bárbara! respondió Telémaco. ¿Pues qué tan pródigos sois de sangre humana, vosotros á quienes se ha elegido

para pastores de los hombres, y que no teneis sobre ellos otro dominio que el necesario para conservarlos como un pastor conserva su rebaño? Eso es mas bien ser lobos carniceros que pastores, ó cuando mas ser pastores solo para esquilas y degollar el ganado en lugar de guiarle á los pastos. Segun vosotros, lo mismo es ser acusado que delincuente, y una sospecha merece la muerte. Siendo así dependerá la inocencia de la envidia y la calumnia, y á proporcion que en vosotros se aumente la desconfianza tiránica, será preciso sacrificaros víctimas.

Decia esto Telémaco con una autoridad y una vehemencia que arrastraba tras sí los corazones, y cubria de vergüenza á los autores de tan infame consejo. Y serenándose despues un poco, les dijo en tono mas apacible. Yo por mí no amo tanto la vida que la deseé á semejante precio: mas quiero que Acanto sea un malvado que serlo yo, y que él por una traicion me quite la vida, que contribuir yo á que se le quite la suya en la duda de si será injustamente. Mas oid vosotros, que siendo reyes, quiero decir jueces de los pueblos, debeis juzgar á los hombres con justicia, prudencia y moderacion; dejadme que exámine á Acanto en vuestra presencia.

Con efecto inmediatamente empezó á preguntarle acerca de su intimidad con Arion: le estrecha sobre una infinidad de circunstancias: hace muchas veces como que le va á enviar á Adrasto para que le castigue con la severidad que un prófuga merece; y todo por descubrir si manifestaba temor de que así se le enviase; pero el semblante y la voz de Acanto permanecieron tranquilos hasta que por fin viendo la imposibilidad de arrancarle por estos medios la verdad, dadme, le dijo

Telémaco, vuestro anillo para enviarle á Adrasto. A esta demanda se sobresaltó Acanto, mudó de color, y se halló embarazado, conociólo Telémaco, que tenia siempre fijos en él los ojos, tomó el anillo, y le dijo: Voy á enviársele á Adrasto con un Lucaniense llamado Politropo, á quien vos conoceis, para que como que va de secreto se le entregue de vuestra parte. Si por este medio descubrimos que estais de acuerdo, pereceréis vos sin remedio al rigor de los mas crueles tormentos; mas si desde luego lo confesais, nos contentarémolos con enviaros á una isla en donde nada os falte. Logróse con efecto que confesase su delito, y Telémaco obtuvo de los reyes que se le perdonase, y que como se le habia ofrecido, se le llevase á una de las islas Echinades (1), donde vivió en paz.

Poco tiempo despues llegó de noche al campo un Daniense llamado Dioscoro, de oscuro nacimiento, pero de un espíritu violento y atrevido, á ofrecer á los aliados que degollaría á Adrasto en su propia tienda: y lo hubiera cumplido, porque cualquiera es dueño de la vida agena, si mira con desprecio la suya. Este hombre no respiraba mas que venganza, porque Adrasto le habia robado su muger, hermosa como la misma Vénus, y él la amaba con tal extremo que estaba resuelto á matar á Adrasto, para recobrarla, ó á morir por emprenderlo. A este fin tenia facilitado el entrar de noche en la tienda del rey, y estaba ademas de acuerdo con muchos capitanes Danienses que favorecian la empresa;

(1) Las Echinades, hoy Consulares, están situadas al descubocadero del río Aqueloo, fronteras á la Acarnania en el Epiro.

pero creía oportuno que los aliados diesen al mismo tiempo un ataque para salvarse mas fácilmente con la turbacion que causase, y recobrar su muger: por último, se contentaba con morir, si despues de haber matado al rey no podia recobrarla.

Inmediatamente que Dioscoro esplicó á los reyes su designio, se volviéron todos hácia Telémaco como pidiéndole que decidiese, y él lo hizo así:

Los dioses, que nos han preservado de traidores, nos prohíben que nos sirvamos de ellos. Aun cuando no tuviésemos toda la virtud necesaria para detestar la traicion, solo nuestro interes bastará para repelerla. En el momento en que la autoricemos con nuestro ejemplo, nos hacemos dignos de que se vuelva contra nosotros; y desde aquel instante, ¿quién de nosotros vivirá seguro? Adrasto podrá muy bien evitar el golpe que le amenaza, y hacer que cayga sobre los reyes aliados. La guerra ya no será guerra: la sabiduría y la virtud no serán de ningun uso, y no se verán mas que pérfidias, traiciones y asesinatos. Nosotros mismos experimentarémolos las funestas consecuencias, y lo tendrémolos bien merecido, si autorizamos el mayor de los males. Concluyó pues que el traidor se debe enviar á Adrasto. Confieso que este no lo merece; pero toda la Hesperia y la Grecia toda que nos estan observando, merecen que tengamos esta conducta, con la cual nos harémolos dignos de su estimacion. Ademas de que por nosotros mismos, y lo que aun es mas por los justos dioses, debemos mirar con este horror la pérfidia.

Al instante fué llevado Dioscoro á Adrasto, á quien hizo temblar el peligro en que se habia visto, y no sabia como admirarse de la generosidad de sus enemigos, porque los malvados apénas comprenden la pura virtud:

admiraba á su pesar lo que acababa de ver , y no se atrevía á alabar : avergonzábale esta noble accion trayéndole á la memoria todos sus engaños y crueldades : queria disminuir la generosidad de sus enemigos , y se avergonzaba de parecer ingrato , pues que les debía la vida ; pero los hombres corrompidos fácilmente se endurecen , y proceden contra lo mismo que sienten. Viendo pues Adrasto que la reputacion de los aliados de dia en dia se aumentaba , creyó hallarse en el caso de hacer contra ellos alguna accion señalada ; y como ninguna podía hacer que fuese virtuosa , procuró á lo ménos ganar con las armas alguna gran ventaja , y con este fin se aprestó para una batalla.

No bien la aurora abria al sol las puertas del oriente el dia destinado para darla , cuando ya el jóven Telémaco , previniendo por su cuidado la vigilancia de los mas experimentados capitanes , se sustrajo de los brazos del dulce sueño , y puso en movimiento á todos los oficiales. Ya brillaba en su cabeza el morrion cubierto de flotantes crines , é ya los resplandores de la coraza deslumbraban á cuantos la miraban. Tenia el escudo , obra de Vulcano , ademas de su natural hermosura , la que le comunicaba la égida que bajo de él estaba encubierta : y Telémaco , con la lanza en una mano , señalaba con la otra los diferentes puntos que convenia ocupar.

Habia derramado Minerva en sus ojos un fuego divino , y en su rostro una severa magestad que desde luego anunciaban la victoria. Camina , y todos los reyes , olvidándose de sus años y de su dignidad , se sienten como impélidos de cierta fuerza superior que les obliga á seguirle : los débiles zelos no tienen entrada en sus pechos , ni hay nada que se resista al que Minerva conduce invisiblemente por la mano : sus movimientos

nada tenian de impetuosos ni precipitados , sino de apacibles , sosegados y tranquilos : siempre pronto á oír á los demas y aprovecharse de sus advertencias : activo , pródigo , cuidadoso de las mas remotas necesidades , todo lo disponia con oportunidad , sin confundirse ni embarazar á los otros : escusaba faltas , deshacia equivocaciones , prevenia dificultades , sin exígir de nadie imposibles , é inspirando á todos libertad y confianza.

Si daba una orden , lo hacia en los términos mas precisos y claros , repitiéndola para que mejor la entendiese él que la habia de ejecutar , y en los ojos conocia si la habian entendido bien : hacia despues que familiarmente le esplicasen lo que habian entendido , y el principal objeto de la comision ; y cerciorado de que habia sido entendido , y de la capacidad del que llevaba la orden , no le despedia sin hacerle alguna demostracion de aprecio y de confianza para animarle , y así se esmeraban todos en desempeñar sus encargos para complacerle , sin temer que les atribuyese el mal suceso de lo que les encomendaba , porque sabian que era indulgente con los defectos que no procedian de malicia.

Enrojécíase el horizonte inflamado con los primeros rayos del sol , y reverberaba en el mar la nueva luz del dia , cuando toda la playa estaba ya cubierta de hombres , de armas , de caballos y carros , causando un confuso ruido , semejante al de las olas irritadas cuando mueve Neptuno en el fondo de los abismos las crueles borrascas. Así , por el estrepitoso ruido de las armas y la horrorosa prevencion de la guerra , empezaba Marte á derramar la rabia en todos los corazones. Cubrian la campaña las levantadas picas como cubren las espigas los fértiles surcos. Ibase levantando una nube de polvo que á poco oscureció la luz , y ocultó hombres , cielo

y tierra; y la confusion, el horror, el estrago y la muerte cruel se colocaron al frente.

Apénas se arrojaron los primeros tiros, cuando levantando Telémaco ojos y manos al cielo, hizo esta plegaria:

¡O Júpiter, padre de los dioses y de los hombres! bien veis de nuestra parte la justicia, y que no hemos tenido á ménos buscar por todos medios la paz: sabeis cuan á nuestro pesar peleamos, y que quisiéramos evitar que se derramase la sangre de nuestros semejantes: sabeis tambien que no aborrecemos ni aun á nuestro enemigo por mas cruel, pérfido y sacrilego que sea: decidid entre él y nosotros. Si conviene que muramos, en tus manos estan nuestras vidas; y si hemos de libertar la Hesperia y rendir al tirano, tu poder y la sabiduría de Minerva, tu hija, nos harán victoriosos. A tí será debida la gloria, á tí, que con fiel balanza decides la suerte de las batallas. Por tí, peleamos; y pues eres justo, mas enemigo es Adrasto tuyo que nuestro. Si vence vuestra causa, correrá en vuestras aras, ántes que se pase el dia, la sangre de una hecatombe entera (1).

Dijo: y empezó á avivar y dirigir sus fogosos caballos hácia donde mas estrechaban los enemigos. Encuéntrase desde luego con Periandro, Locrense, cubierto de la piel de un leon que habia vencido viajando por la Cilicia: iba, como Hércules, armado de una enorme clava, y en la estatura y fuerzas era semejante á los gigantes. Luego que vió á Telémaco, le dijo, en desprecio de sus pocos años y de su hermosura: ¡qué bien

(1) Una hecatombe era un sacrificio de cien bueyes.

te está, jóven afeminado, disputarnos la gloria de las batallas! Vé, niño, descende á buscar entre las negras sombras á tu padre, y al acabar de decirlo enarbola la nudosa y ferrada maza que mas parecia mastil de navío: todos temen su caida; mas solo amenaza al hijo de Ulises, que evitando el golpe se lanza sobre Periandro con la rapidez de una águila. Cayó la clava, é hizo añicos la rueda de un carro inmediato al de Telémaco, que entretanto atesta una flecha á su enemigo, y le atraviesa la garganta: corre la sangre á borbotones por la herida, y le falta la voz: sus fogosos caballos, no sintiendo la débil mano que los guía, corrian, sueltos sobre el cuello las flotantes riendas, y llevaban á su dueño por todas partes, hasta que cayó en fin del carro, cerrados los ojos á la luz, y pintada ya la pálida muerte en su desfigurado rostro. Compadecióse Telémaco de él, entregó el cuerpo á los domésticos, y solo se reservó en señal de su victoria la piel del leon y la maza.

Busca despues á Adrasto, y al paso precipita á los infiernos un gran número de combatientes: entre ellos Hileo, de cuyo carro tiraban dos caballos semejantes á los del sol, criados en las vastas praderias que baña el Aufido (1): Demolcon, que casi habia igualado en Sicilia al famoso Erix en la lucha del cesto: Crantor, que fué amigo, y hospedó á Hércules cuando pasó por la Hesperia, y mató al infame Caco (2): Mene-

(1) El Aufido, hoy Ofanto, es un rio del reino de Nápoles, que nace en los montes del Apenino en el principado ulterior; separa la Capitanata de la Basilicata, y va á desaguar en el golfo de Venecia. Cerca de este rio fué donde se dió la famosa batalla de Canas.

(2) Caco, hijo de Vulcano, era un pastor y un ladrón

crates, que dicen se parecia á Polux en la lucha : Hippocoon de Salapia, que imitaba la destreza de Castor en manejar un caballo : el famoso cazador Eurímedes, siempre manchado de la sangre de los osos y javalíes que mataba en las nevadas cumbres del Apenino, y de quien era fama que fué tan amado de Diana, que por sí misma le enseñó á disparar las flechas : Nicostrato, vencedor de un gigante, que en las rocas del monte Gargan (1) vomitaba fuego : Cleanto que habia de casarse con la jóven Foloe, hija del rio Liris (2), que la tenia prometida al que la libertase de un dragon que se habia criado en sus orillas, y que segun la prediccion de un oráculo debia devorarla dentro de pocos dias. Ciego de amor se espuso aquel jóven á perder la vida por quitársela al monstruo, y se la quitó con efecto; pero no gozó el fruto de su victoria, porque miéntras Foloe se preparaba para el dulce himeneo, y esperaba con impaciencia á Cleanto, le llegó la noticia de que habia seguido el ejército de

quien se recogia cerca del monte Aventino, y robó los bueyes de Hércules, llevándoselos hácia atrás, ó al revés, á su cueva. Fingen los poetas que tenia tres bocas, y echaba fuego y llamas cuando queria.

(1) El monte Gargan, ó el monte San Angel, es una montaña del reino de Nápoles; se toma algunas veces por aquella en que está edificada la villa llamada *Monte di Santo Angelo*: se tomaba en otro tiempo por toda la península de la Capitanata que está entre el golfo de Manfredonia y el de Rodi.

(2) El rio Liris, hoy Gatiglan, nace en el Abruzo ulterior, al poniente del lago Celano, pasa por en medio de la tierra de labor, y va á desembocar en el golfo de Gaeta.

Adrasto, y cortado cruelmente la parca el hilo de su vida en una batalla, con cuya noticia llenó de gemidos los bosques y los montes cercanos al rio; hizo de sus ojos fuentes de lágrimas; se arrancó la rubia cabellera; se olvidó de coger las flores con que acostumbra tejerse guirnaldas, y acusó al cielo de injusto; y como de dia ni de noche cesase de llorar, se condoliéron los dioses, sensibles tambien á los ruegos de su padre, y pusiéron fin á su tormento transformándola repentinamente en fuente, que manando en el centro del rio, junta sus aguas con las del dios su padre; pero aun conservan cierta amargura; no florece á su lado la yerba, ni se encuentra en sus márgenes mas sombra que la del cipres.

Avisado Adrasto del terror que por todas partes iba Telémaco infundiendo, le busca ansiosamente, no dudando vencer con facilidad á un jóven tan tierno: lleva consigo treinta Daunos de extraordinaria fuerza y destreza, y de no ménos osadía, y les ofrece grandes premios, si durante la batalla quitan de cualquier modo la vida á Telémaco; y no tiene duda que si por desgracia le encontrará en aquel momento, hubiera sido fácil á sus guardias rodear el carro del jóven griego, para que mas á su salvo pudiese Adrasto acometerle por el frente, y matarle; pero dispuso Minerva que se extraviasen.

Creyó Adrasto que veía y oía á Telémaco en cierto sitio de llanura que hay al pie de un collado, donde se hallaba entonces un tropel de gente peleando. Corre, vuela, llega sediento de sangre; pero en lugar de Telémaco se encuentra con el anciano Nestor, que con mano trémula arroja á la ventura algunos dardos inútiles. Arrebatado Adrasto de furor pretende atrave-